

La trayectoria del Trabajo Social argentino: aportes desde una lectura relacional

The trajectory of Argentine Social Work: contributions from a relational reading

Verónica Cruz

Fecha de presentación: 30/10/19

Fecha de aceptación: 08/01/20

Resumen

El artículo sintetiza algunos trazos en torno de la trayectoria de institucionalización del Trabajo Social en Argentina desde la perspectiva relacional, en el marco de la investigación doctoral de quien suscribe.¹ El recorrido de las indagaciones fue realizado desde un estudio cualitativo que permitió comprender la estructuración histórica y los procesos de producción y reproducción que enmarcan el surgimiento y desarrollo de este campo profesional, reconociendo su ligazón con el campo del poder, la trama de relaciones entre las posiciones ocupadas por instituciones y agentes, y las disposiciones adquiridas por estos últimos.

Palabras clave

Trabajo Social, campo, trayectoria.

Abstract

The article synthesizes the main topics of analysis around the trajectory of institutionalization of Social Work in Argentina, worked from the relational perspective in the framework of de doctoral research of the undersigned. The course of the inquiries was made from a qualitative study that allowed us to understand the historical structuring and production and reproduction processes that frame the emergence and development of this professional field, recognizing its link with the field of power, the plot of relationships between positions occupied by institutions and agents, and the provisions acquired by the latter.

Keywords

Social Work, field, trajectory.

¹ Cruz, Verónica (2018) "La institucionalización del Trabajo Social en Argentina desde una perspectiva relacional. 1930-2010" Tesis doctoral defendida y aprobada en el Doctorado de Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de La Plata. 14 de mayo, La Plata.

Introducción

En Argentina el Trabajo Social cuenta con una trayectoria de más de ochenta años, constitutivamente imbricada a las transformaciones sociales de carácter político, económico, ambiental y cultural. Los condicionamientos del espacio social han operado en su conformación, generando efectos tanto en la intervención como en la formación profesional y en la producción de conocimientos. También los escenarios institucionales en los que se desenvuelven y las subjetividades con las que interactúan las/os agentes profesionales, han sido reconfigurados por las dinámicas sociales en las diferentes temporalidades. El interés por develar esa procesualidad me llevó a indagar los procesos de producción y reproducción que enmarcan su institucionalización en el período comprendido entre los años treinta --donde surgió la primera escuela del país abocada a formar profesionales--, hasta la primera década de los años dos mil.²

La reconstrucción y el análisis de los datos se desarrolló desde un diseño de tipo histórico, de corte diacrónico, a partir de hechos consignados en una base documental. Se exploraron las dimensiones que componen la estructura del Trabajo Social, y las estrategias desplegadas en los diferentes momentos, en la disputa por adquirir un capital específico, reconociendo que todo campo es movilizadopor sentidos generales que le atribuyen múltiples marcas. En esa clave, el estudio recupera discusiones teórico-políticas y metodológicas producidas en Trabajo Social, buscando visibilizar las preocupaciones y apuestas en juego, definiendo como analizadores, cuatro momentos solapados histórica y dialécticamente en su trayectoria: *de iniciación, de expansión, de renovación y de diversificación*.³

Asimismo, la comprensión situada tanto de los acontecimientos narrados como de las disputas por el poder y por el reconocimiento del campo, tomó como insumo estudios que indagan su constitución socio-histórica, estableciendo una interlocución desde el constructivismo estructuralista desarrollado principalmente por Pierre Bourdieu. De esta manera, las reflexiones invitan a pensar que, si bien los horizontes del Trabajo Social son edificados y explicados por el modo dominante de producir en cada momento histórico, son también producto de luchas por su institucionalización relativamente autónoma dentro del campo de las ciencias sociales. Y desde esa posición, el recorrido analítico sostiene que el Trabajo Social no se explica solo por su constitutiva articulación al Estado, y procura conjeturalmente elucidar la lógica imbricada en su trayectoria, proponiendo aperturas e interrogantes que podrán ser retomados en nuevos estudios, reconfirmando la circularidad de la ciencia como movimiento ininterrumpido de producción de conocimientos.

² Se toma como referencia el año 1930 dado que en esta década se crean en Argentina las primeras instancias sistemáticas de formación especializada de Asistentes Sociales, que desplazarían las acciones caritativas y filantrópicas. Ese año se creó la primera escuela de Trabajo Social en el Museo Social Argentino, incorporada a la Universidad de Buenos Aires.

³ El recorrido analítico reconstruye datos desde una base documental conformada por: a) estudios acerca de la conformación del Trabajo Social; b) memorias de reuniones, jornadas y congresos de las asociaciones e instituciones del campo; c) intervenciones de los agentes en eventos académicos y/o gremiales en los distintos momentos; y d) investigaciones realizadas en los últimos años, en el marco de la formación de posgrado.

Trabajo Social y construcción relacional: entramando conceptos

Pensar el Trabajo Social como campo (Bourdieu, 2000) es reconocerlo como espacio de juego históricamente constituido, con instituciones y leyes de funcionamiento propias, articulado a las ciencias sociales, el Estado y el mercado. Un espacio urdido en el proceso dinámico y relacional en el cual se inscriben formas históricas, sentidos y referencias teóricas, epistemológicas y éticas, que sustentan las estrategias y el trabajo de agregación y diferenciación que van delimitándolo.

En este sentido, el Trabajo Social contiene un conjunto de propiedades valiosas, desigualmente distribuidas, que asumen la forma específica de capital disputado en juegos de intercambio que nunca son azarosos, y que dan lugar a trayectorias comprometidas en su conservación o transformación. Ese capital cultural permite delimitar en cada momento histórico, las posiciones dominadas y dominantes ocupadas por agentes profesionales, según sus disposiciones y reglas. Posibilita también comprender las estrategias como internalización de la experiencia histórica de los sujetos y de los capitales invertidos en el juego, desplegadas frente a situaciones nunca idénticas. Es decir, reconociéndolas como producto del habitus forjado a lo largo de una trayectoria social donde se reproducen estructuras objetivas que revisten una dimensión activa, inventiva, y que pueden explicarse en términos de razonabilidad más que de racionalidad. Esas estrategias son dinamizadas por la *illusio* como particular forma de interés por involucrarse en el juego, aceptando que lo que allí sucede tiene sentido y es condición de funcionamiento del campo, contribuye a la vez a la construcción de una identidad. (Bourdieu, 2007)

La interacción entre trayectorias individuales y sistemas de empleo, de trabajo y de formación en cada sociedad, habilita en los campos profesionales, construcciones identitarias en las cuales coexisten aspectos de continuidad y de ruptura entre identidades heredadas, aceptadas o rechazadas, e identidades vividas; vinculadas a modos de reconocimiento y legitimación de las instituciones y sus agentes (Dubar, 1991) Ese proceso, si bien se encuentra fuertemente condicionado por categorizaciones sociales, se transforma y reconstruye con el transcurrir del tiempo, lo cual expresa la imposibilidad de definir las identidades profesionales como expresiones psicológicas de personalidades individuales, o como producto de estructuras o de políticas económicas. Por el contrario, las explica como construcciones sociales entre las cuales se encuentra el Trabajo Social.

La identidad en tanto categoría política, dinámica y socio-histórica, confiere significados al Trabajo Social desde una estructura específica que se asume como unidad, estableciendo relaciones y categorizaciones que organizan sus intercambios de preservación y transformación. En este sentido, es una construcción plural, habitada por tensiones que buscan al mismo tiempo mantener y superar lo heredado, desde el potencial creador de los sujetos profesionales que intervienen en la producción y reproducción de la vida social.

Realizada esta breve referencia conceptual, interesa señalar, por un lado, que la reconstrucción del proceso de institucionalización del Trabajo Social argentino reconoce la interrelación de tres campos: un campo intelectual o académico que tiende a hegemonizar la producción discursiva;

un campo caracterizado por la práctica profesional propiamente dicha; y entre ambos, el campo estatal, de importancia sustantiva, dado su carácter estructurante. Y por otro, que la trayectoria del campo profesional se encuentra constitutivamente atravesada por las demandas que coloca la dinámica social, y por un orden normativo que emana del poder político.

Las intersecciones entre estos campos y dimensiones, adquieren formas particulares en cada uno de los cuatro momentos que componen la secuencia construida en la investigación que da lugar a esta publicación; e intentan ser comprendidas desde una posición que, lejos de presentar cronológicamente los hechos, busca desentrañarlos tomando en cuenta su constitutiva complejidad, a fin de producir una reflexión de una temporalidad en movimiento.

Trazos iniciales en la constitución del Trabajo Social

La emergencia del Trabajo Social se encuentra imbricada al Proyecto Moderno que instituyó una cierta racionalización de la vida social, demandando la formación de cuadros técnico-intelectuales y el establecimiento de códigos formales inscriptos en un proceso de diferenciación que hizo posible el surgimiento de saberes y prácticas mediatizadas por la institucionalidad estatal. Es decir, existe una constitutiva relación entre ésta, la producción de un conocimiento social, y la formación de las elites técnicas, en cuya trama van entretrejiéndose prácticas y discursos socialmente legitimados. Muchos de esos campos emergentes logran un reconocimiento al establecerse como “saberes del Estado” (Plotkin y Zimmerman, 2012) mostrando cómo las estructuras objetivas externas moldean las percepciones y representaciones de las/os agentes profesionales.

Los inicios de la actividad del Trabajo Social –al igual que los de la docencia o la enfermería– comparten esta peculiaridad, al haberse desplegado en instituciones públicas, organizadas en base a una composición burocrática que la definía como una “misión” cuya dignidad derivaba de la función social asignada a la asistencia. En este marco, las profesionales eran funcionarias, con un lugar preciso en la estructura jerárquica dominada por regulaciones que definían sus responsabilidades e incumbencias. Esa condición “misionera y funcional” que se le atribuyó al Trabajo Social, aun habiendo sido investido de las características típicas de las profesiones constituidas –tales como preparación académica, posesión de un título, reglas éticas, etc.–, tensionó su posición al considerarlo también un oficio, cuya definición resulta de una confusa argamasa entre profesión y vocación (Tenti Fanfani, 2007). Esta delimitación borrosa lo llevó a mantener un diálogo dispar y heterogéneo con otros campos y con las expresiones de la “cuestión social,” traducidas en déficit habitacional, insuficiente desarrollo de la salud pública, y restricción de la participación política, entre otros.

Cabe aclarar que en ese momento, los problemas sociales fueron constituyéndose como cuestión de Estado (Grassi, 2003) y, por tanto, objeto de tratamiento mediante dispositivos asistenciales públicos, sustentados en la cosmovisión médico-higienista que propiciaba una sociabilidad acorde a los parámetros del positivismo. Asimismo, esas situaciones comenzaban a ser atendidas

a partir de un movimiento de indagación que tornó pensable lo no pensado, asignando estatus de problema a la pobreza y a las condiciones de vida de las clases obreras. O, dicho de otro modo, la creación de estos campos -aún desde una impronta científica dominada por el pensamiento positivista, y ligada al campo del poder- permite actos de nombramiento que imprimen clasificaciones, contribuyendo de esa forma, a crear aquello que designaban. (Tenti Fanfani, 1989)

Estos acontecimientos pueden ser entendidos como una derivación objetiva de capitales acumulados en torno de lo social, por el campo científico hegemónico por el higienismo; por el campo religioso -que pugnaba por conservar el ordenamiento social, dotando de un sentido unitario y armónico a la existencia humana- y por el campo político, movilizado por el Estado y por sectores obreros organizados. Efecto sin solución de continuidad, que parece haber condicionado el desarrollo del Trabajo Social, imprimiéndole una impronta conservadora-integracionista que perduraría por décadas.

Entretanto, la convergencia de estos fenómenos dio lugar a la planificación de la asistencia social, y produjo una exclusión entre profesional y aficionada/o, al instituir la formación como condición “de admisión,” creando así las condiciones que hicieron posible las primeras experiencias académicas en Trabajo Social. Sin embargo, esas estrategias de reproducción dispuestas por los sectores hegemónicos mediante relaciones personalizadas y religiosamente connotadas con los sujetos asistidos -por su condición de pobreza e inmoralidad- tensaron la laicidad. En medio de estas complejidades, el campo político fue estableciendo regulaciones y burocratizando prácticas que influyeron en la autonomía relativa del Trabajo Social y de otros campos de conocimiento portadores de un valor simbólico y material avalado oficialmente por el Estado.

Interesa señalar también cómo en este proceso, operan los principios de diferenciación generizados, promovidos por relaciones de poder que condicionan el acceso de las mujeres al mercado de trabajo, asignándoles a las trabajadoras sociales nichos ocupacionales y actividades que prolongan las funciones domésticas. Es decir, los problemas provocados por el propio desarrollo del capitalismo, enmarcan la organización de prácticas de cuidado, asistencia, socialización y control social, requeridas principalmente a las mujeres. Este hecho muestra la feminización del Trabajo Social como dimensión que requiere ser problematizada, identificando representaciones hegemónicas que, desde una lógica binaria y jerárquica, establecen las diferencias entre lo masculino y lo femenino, reforzando así heteronomías y subalternidades. En este sentido, analizar los atributos concebidos como “naturales” en la formación y ejercicio profesional; y poner de manifiesto el carácter cultural y androcéntrico de un sinnúmero de prácticas socio-profesionales y de construcciones teórico-metodológicas, deviene una reflexión necesaria y estratégica.

Esa posición dominada del Trabajo Social se extiende también a su lugar en el ámbito universitario, que reproduce la estructura desigual del campo del poder, donde el capital específico se obtiene y se mantiene según la ocupación de posiciones. Aun así, esa inscripción le permitió adquirir progresivamente visibilidad y un valor diferencial relativo, a partir de la

adquisición de un nombre y de condiciones que favorecieron la progresiva acumulación de un capital particular y un gradual reposicionamiento.⁴

El proceso descrito muestra por un lado, cómo el “modo capitalista de pensar” propició la incorporación de estructuras simbólicas y por otro, la relación primeramente de condicionamiento y luego de conocimiento que se establece entre el campo y el habitus. No obstante, los efectos engendrados en los campos, no son ni suma de acciones anárquicas, ni resultado de un plan concertado, ni simple consecuencia de agregación mecánica; son producto de la estructuración de un juego que no puede explicarse desde un esquema determinista. Un juego que reviste un carácter híbrido, que se revela por el resultado objetivo y colectivo de acciones y saberes históricamente acumulados desde improntas principalmente heterónomas, desplegadas por el Trabajo Social en un complejo proceso dialéctico de impregnación recíproca entre su emergencia y la propia institucionalidad estatal, donde se redefinen fronteras entre lo público y lo privado.

Trazos de la expansión del Trabajo Social

Desde inicios de los años cuarenta hasta la última dictadura cívico-militar en el país, Trabajo Social transita un momento de expansión, en un escenario de profundas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales, que a nivel mundial se inscriben en la “Guerra Fría” como contienda que marcó gran parte de los acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX. Mientras, Latinoamérica mostraba situaciones de empobrecimiento, desnutrición, analfabetismo y mortalidad infantil, que los “países desarrollados” definieron como “problemática del desarrollo,” y abordaron con políticas impulsadas por la “Alianza para el Progreso.” También la Revolución Cubana y la influencia indirecta del Mayo francés, fueron factores cuyas derivaciones reconfiguraron el escenario social, en medio de una conflictividad que generó reacciones defensivas del statu quo mediante los regímenes militares en varios países del Cono Sur.⁵ En Argentina se sucedieron gobiernos democráticos y regímenes dictatoriales; la Iglesia y el Ejército articularon nuevas coaliciones, y los conflictos intentaron ser resueltos mediante la recomposición del esquema de dominación vía la restauración oligárquica y el populismo. Aun

⁴ Cabe recordar que la formación de Asistentes y Trabajadoras/es Sociales surgió mayoritariamente en espacios propiamente gubernamentales, excepto la Escuela del Museo Social Argentino que tempranamente fue incorporada a la Universidad de Buenos Aires.

⁵ Cabe recordar que el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 produjo la caída del régimen de Batista y la llegada al poder de Fidel Castro, líder del Movimiento Revolucionario contra la organización capitalista. Mientras el Mayo Francés de 1968, fue un acontecimiento protagonizado por revueltas estudiantiles y sindicales que se extendieron por otros países, revelándose contra el orden establecido y contra la sociedad de consumo. El Partido Comunista Francés participó activamente del mismo e impulsó la huelga general más grande que se haya registrado en ese país. (Hobsbawm, 2008) Y en el Cono Sur se sucedieron en 1954 la dictadura de Stroessner en Paraguay que duró hasta 1989; en 1955 en Argentina el *Golpe del 55* protagonizado por la Junta Militar antiperonista que preconizaba la “Revolución Libertadora.” Dos años más tarde el Golpe contra el presidente Illia, conocido como la “Revolución Argentina” que duro hasta 1973. En 1964 en Brasil, las fuerzas militares derrocaron al presidente Goulart; y en 1973 en Chile, el golpe militar derrocó al Presidente Allende. También ese año se instauró la dictadura militar en Uruguay que se mantuvo hasta 1985; mientras en Colombia continuaba la violencia de grupos paramilitares, las fuerzas armadas y la proliferación de grupos guerrilleros. Rouquie, A. (1984) *El estado militar en América Latina*. Buenos Aires, Emecé

cuando el Estado intermedió entre sectores sociales para favorecer el proceso de acumulación y contrarrestar los efectos de la urbanización acelerada y la masificación del consumo, las tensiones dificultaron la consolidación de un sistema estable de representación de intereses. De este modo, resquebrajada la concepción liberal, el control de la acción social se desplazó de lo privado hacia lo público, manteniendo algunas continuidades, y se crearon condiciones para la “democratización del bienestar” (Torre y Pastoriza, 2002).

Por entonces, la “cuestión social” era objeto de múltiples debates protagonizados por liberales, socialistas y católicos sociales, cuyas propuestas impulsaron la creación de un sistema de políticas públicas que diera respuesta a las expresiones de la misma. En esta dirección, las formas prototípicas del Estado Social, movilizadas por un proyecto nacional-popular, fueron configurando la política social basada en la tutela del contrato de trabajo como modo de garantizar una protección de tipo universal. Aunque la cobertura de esas prestaciones distaba de ser homogénea y completa, el predominio de relaciones salariales formales y la limitada extensión de la pobreza, le dieron al sistema alta capacidad inclusiva, fortaleciendo al movimiento obrero en su representación como fuerza social y política.⁶

Cabe puntualizar que el poder político pugnaba en ese momento, por una renovación científica que generara mayor eficiencia estatal, valiéndose de una estrategia de despolitización y deseconomización, y de las nociones de participación y desarrollo, recreadas por cuadros especializados capaces de planificar y gestionar las diversas áreas de gobierno. Ese movimiento fue –en parte– favorecido por la diversificación y el mayor acceso de los sectores medios a la educación superior, que estimuló el uso de la ciencia y la técnica como instrumentos centrales de las intervenciones públicas ante los problemas de los sectores empobrecidos.

Así, el papel del Estado devino una instancia demarcatoria que actuó como fuerza política recontextualizadora del espacio social, organizando y distribuyendo los capitales en juego. Esa procesualidad dominada por una especie de “ficción de unidad” del mundo social, fue tejiendo legitimidades “técnicas” que atravesaron al Trabajo Social, convocándolo a participar en la construcción de otros sentidos respecto de lo público. Sentidos que, en un doble movimiento, cuestionaran las condiciones de existencia y las relaciones de fuerza que dinamizaban la vida social; y las propias disposiciones del campo para aportar en esa dirección. Sin embargo, esas interpelaciones habrían sido “respondidas” por las agentes profesionales –que ocupaban una posición dominada– desde lecturas e intervenciones enmarcadas en las concepciones hegemónicas. Estos hechos muestran los efectos restringidos del campo, debido a la relación de complicidad ontológica existente entre éste y el habitus como principio socialmente constituido de percepción y apreciación, que hace posible la realización de tareas en respuesta a demandas, de un modo aproximadamente coherente y sistemático. (Bourdieu y Wacquant, 2008).

Así entonces, la expansión del Trabajo Social es movilizadora por significaciones sociales que aseguran la producción y reproducción de la vida social a partir de la división del trabajo por

⁶ Salud Pública, Seguridad Social, justicia social fueron dimensiones centrales en la estructuración de las políticas sociales del primer gobierno peronista

género. Ese imaginario situaba a las profesionales como “fuerza de trabajo secundaria,” identificada “con los que menos tienen,” y convocadas principalmente por sus “atributos femeninos” de abnegación y sensibilidad. De este modo, aun cuando se les otorgó cierto reconocimiento por su actuación profesional, los procesos de acumulación de poder continuaron siendo hegemonizados por el género masculino, representados mayoritariamente por médicos y abogados, sin que esa subalternidad -propia del sistema patriarcal capitalista- resultara suficientemente problematizada.

Puede observarse, además, cómo el efecto de imposición simbólica del poder estatal opera en un doble registro sobre el Trabajo Social. Por un lado, confiriéndole legitimidad a partir de su proximidad al “espíritu de servicio público,” en detrimento de su estatuto científico. Y por otro, asignando a las agentes profesionales el lugar de asalariadas, lo cual, si bien implicó un avance sustantivo en términos de reconocimiento del trabajo especializado, continuó dejándolas relativamente fuera del control del proceso de su trabajo.

Sin embargo, en este complejo escenario, agentes e instituciones del Trabajo Social desplegaron, desde posiciones disímiles y conflictivas, una lucha por ejercer el dominio sobre un capital específico, que dio paso a su delimitación como campo. (Bourdieu, 1990) Se trata de un proceso que no puede ser explicado apenas como un reflejo del accionar del poder estatal, sino como expresión de la dinámica que adquiriría el espacio social, en un contexto de creciente politización que generó condiciones para la emergencia del Movimiento de Reconceptualización.

Este acontecimiento de alcance latinoamericano -cuyo análisis excede las posibilidades del presente texto- produjo una gravitación en la estructura del campo, y posibilitó que parte del colectivo profesional cuestionara el carácter técnico asignado al Trabajo Social y planteara la necesidad de fortalecer su estatuto teórico-metodológico. A grandes rasgos y con impregnaciones recíprocas, esos debates se sostuvieron desde, al menos, dos posiciones: una, de fuerte adhesión al pensamiento reformista, que mantenía las estrategias de conservación de la lógica modernizadora que dominaba al campo. Y otra ligada de manera compleja a la tradición del pensamiento marxista, que desplegó estrategias de subversión que pusieron en jaque el encuadramiento institucional hegemónico, y procuraron redefinirlo reconociendo su inscripción en la división socio-técnica del trabajo. Esas discusiones quedaron circunscriptas, de modo tensionado y difuso, primordialmente al plano metodológico e ideológico, y finalmente fueron acalladas por la implantación del terrorismo de Estado, siendo retomadas y recreadas con el restablecimiento de la democracia.

El Movimiento de Reconceptualización posibilitó, de modo complejo y paradójico, la incorporación de algunas formulaciones críticas que propiciaron la visibilización de la dimensión político-ideológica de la práctica profesional. Es decir, dinamizó principalmente un capital político ideológicamente connotado, y secundariamente el capital cultural específico que progresivamente generó actos de conocimiento. De este modo, Trabajo Social reafirma su inscripción en el engranaje de los procesos de reproducción de las relaciones sociales, y su irreductibilidad como reflejo pasivo de la estructura económica. O dicho de otro modo, fue

afianzando su posición como productor de algunas de las condiciones que contribuyen a la reproducción de la vida social, reconociendo que, si bien mantiene con el Estado una articulación estructuralmente insoslayable, goza de una autonomía relativa. (Karsz, 2007) Así, amplió sus bases de sustentación y legitimación, a la vez que fue delineando estrategias en la disputa por la hegemonía teórica, metodológica y política.

En esta clave de interpretación, es posible afirmar que el Trabajo Social encontró, en un escenario hegemonizado por la propuesta desarrollista, condiciones para su delimitación en tanto campo del saber, planteando la necesidad de instituir la investigación, mejorar la formación y avanzar en la organización gremial. De esta forma, fue generando una mayor interlocución con las ciencias sociales, a partir de concepciones hegemónicas sedimentadas y posiciones reformistas, que buscaban la “integración” del individuo según lo “deseable y normal” prescripto por los discursos dominantes, donde la intangibilidad de ese enunciado parece no haber sido suficientemente interrogada. Esos movimientos fortalecieron por un lado, procesos de demarcación y diferenciación que afianzarían su identidad; y por otro, la legitimación del espacio laboral desde una pauta programática que paradójicamente propiciaba la participación de las comunidades organizadas, a la vez que responsabilizaba a los individuos y grupos por su condición, casi en ausencia de una lectura teórico-política que situara la dimensión estructural de los “problemas sociales”.

Trazos de la renovación del Trabajo Social

Las transformaciones provocadas por el fin de la regulación keynesiana de la economía y la instalación de la competitividad intercapitalista mundial, reconfiguraron las condiciones materiales y simbólicas de producción y reproducción de la sociedad que peculiarizan la temporalidad donde se gesta la renovación del Trabajo Social, entre mediados de los años setenta y hasta fines de los noventa.

El proyecto neoliberal fue instituyéndose en los países del Cono Sur como reacción teórica y política contra el intervencionismo estatal, tanto en gobiernos democráticos como en regímenes dictatoriales. Su dominación produjo una crisis política y una concepción restrictiva de la democracia, profundizó la desigualdad, la pobreza y el desempleo, y fragmentó el lazo social. La gestión pública fue reorientada en función de la racionalidad macroeconómica, valiéndose de la razón instrumental, el individualismo y el utilitarismo como mecanismos para transformar las relaciones sociales. En este escenario, la “exclusión” se inscribió como modalidad específica de inserción social de tipo integrativa y controlada que, de manera perversa, expresaba la forma en que vastos sectores permanecían precariamente presentes. (Sposati, 1991)

Así entonces, la violencia simbólica ejercida por el Estado neoliberal mediante formas que fueron encarnándose en la objetividad, y en las categorías de percepción y de pensamiento adaptadas a esas estructuras, tendió a moldear la subjetividad. Esta lógica dominante muestra lo instituido ocultando su producción a partir de una serie de actos de institución, presentándolo con las

apariencias de lo natural; y de este modo, referencia “lo social” desde una mirada neofilantrópica y despolitizada, propuesta por los grupos de poder, distanciándose de la idea de derechos y de progreso, y disociando las esferas económica, política e ideológica que componen la vida social.

Cabe recordar que en Argentina la radicalidad de estas transformaciones se genera con la implantación del terrorismo de Estado que refundó las bases materiales y simbólicas de la sociedad, y neutralizó toda acción política mediante represión, tortura, asesinatos y desapariciones. Esa violencia extrema se ejerció también sobre la producción y distribución de conocimientos, provocó serias restricciones a las luchas y elaboraciones del campo científico, intervino las universidades e impuso un nuevo patrón para dar tratamiento a la “cuestión social.”

En Trabajo Social el Estado genocida produjo desapariciones y exilios, el cierre y vaciamiento de carreras, cesantías de docentes y modificación de planes de estudio que reactualizaron concepciones asistencialistas y conservadoras⁷. Tras la reapertura democrática, en un espacio social signado por la vivencia del horror, y por una profunda crisis, paradójicamente, fueron creándose condiciones que posibilitaron avances significativos en el campo, que modificaron el volumen y la estructura del capital específico. Hubo esfuerzos colectivos por aproximarse a la tradición teórica crítica y superar el lastre conservador, poniendo en discusión temas tales como *dualidad teoría-práctica*, *identidad profesional*, *mecanicismo*, *militantismo*, entre otros. Ese complejo movimiento fue dándose bajo coordenadas que ampliaron los marcos interpretativos, propiciadas en gran medida por sectores nucleados en el Centro Latinoamericano de Trabajo Social. (CELATS, 1985) Al mismo tiempo, la configuración tradicional del campo continuó siendo disputada desde posiciones ligadas al funcionalismo, interaccionismo simbólico, y a las teorías de la elección racional, entre otras.⁸

A inicios de los años ochenta, un estudio señalaba que la investigación no era considerada una dimensión constitutiva del Trabajo Social, ni ligada a la formación, y colocaba la preocupación por cierta “ingenuidad epistemológica” que viciaba las propuestas de intervención, planteando la investigación-acción como modo de vincular referenciales teóricos con prácticas concretas⁹. Esta caracterización movilizó estrategias de fortalecimiento de la formación académica y de la organización gremial, que alcanzaron mayor formalización en 1981, con la creación de la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales de Servicio Social (FAAPSS)¹⁰ que nuclea a los colegios profesionales de cada provincia, y que tres años más tarde se incorporó formalmente a la Federación Internacional de Trabajo Social (FITS).

En este escenario, las/os agentes profesionales fueron desarrollando un trabajo de reconocimiento de ciertas categorías analíticas como construcciones sociales contingentes. Ese recorrido demandó un ejercicio reflexivo de confrontación y crítica con “lo estatal,” en tanto

⁷ Estos efectos en Trabajo Social vienen siendo estudiados y sistematizados por Melano, (1994); Castronovo (1999) Acevedo et al (2008) Cazzaniga. (2007) entre otras.

⁸ Ezequiel Ander Egg (1984) y Natalio Kisnerman (1981,1986) entre otros autores, han reflexionado sobre la profesión desde estos enfoques.

⁹ Este estudio fue realizado por el CELATS junto a la Federación Argentina de Asistentes Sociales.

¹⁰ Actualmente Federación Argentina de Unidades Académicas de Trabajo Social, FAUATS.

productor de un efecto de universalización y moralización que oculta la acción del poder, desnaturalizando el orden social hegemónico. (Bourdieu, 2008) Aún así, los avances en términos de producción de un estatuto teórico sólido en Trabajo Social, que le confiriera autoridad y mayor autonomía, resultaban endeble debido a insuficiencias expresadas por un lado, en la pretensión de usar el método materialista dialéctico para el conocimiento, y comenzar a conocer desde lo sensorial; y por otro, en cierta primacía dada a lo ideológico en detrimento de lo teórico, que habría concitado adhesiones a posiciones performativas ligadas a la acción, para “ofrecer respuestas verosímiles” en un contexto de crisis (Escalada,1986).

Los debates del colectivo profesional en esos años giraron en torno de diversos temas controversiales. Uno de ellos ligado al nombre: mientras unos consideraban que “Servicio Social” remitía a cierto carácter reformista, y proponían denominarlo “Trabajo Social,” para dar cuenta de sus fundamentos y su papel en la sociedad, otros se resistían a ese cambio. Otro relacionado a la agremiación, donde agentes nucleados en el grupo ECRO (Esquema Conceptual Referencial y Operativo) cuestionaban la organización colegiada conducida mayoritariamente por sectores “tradicionales” del Trabajo Social, que estarían sólo preocupados por el status profesional; y proponían la sindicalización. También fueron tematizados la condición salarial y el trabajo especializado, enriquecidos por la interlocución más sostenida del Trabajo Social con las ciencias sociales, que favoreció la reflexión acerca de los condicionamientos contextuales y la disposición a construir sentidos contra-hegemónicos, articulados a un proyecto colectivo. Esta dimensión se articulaba a la vez con la preocupación por la heterogeneidad de la oferta académica desarrollada mayormente en espacios no universitarios. En este sentido, la lucha por su incorporación a la universidad ha sido nodal desde la recuperación democrática, al igual que el establecimiento formal de las incumbencias profesionales lograda con la Resolución N° 579/86 del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación.

Asimismo, este momento sinuoso de la trayectoria del campo fue atravesado por una multiplicidad de visiones que promovían cambios en los posicionamientos ideológicos y teórico-epistemológicos, impulsadas por grupos que incorporaban elementos del pensamiento crítico. Esa proyección posibilitó interrogar de manera más consistente la producción y la reflexión teórica, a través de las actividades de investigación y de formación promovidas por el CELATS y por ALAETS, impulsando desarrollos más complejos del campo, articulados a la defensa de los derechos sociales de los grupos mayoritarios del continente.¹¹

Estas disputas requirieron dotar a la formación académica de categorías que permitieran reconocer la relación entre el funcionamiento estructural de la sociedad latinoamericana y los problemas concretos que enfrentaba el campo profesional. En esta dirección, sectores de reconocida trayectoria académica, junto a la Asociación Argentina de Escuelas de Servicio Social

¹¹ El Proyecto *Historia del Trabajo Social* impulsado por el CELATS, así como el *Documento de Chaclacayo*, constituyen una referencia en tanto sintetizaron los planteos que se iniciaron y desarrollaron durante el Movimiento de Reconceptualización. También la crítica realizada por José Paulo Netto (1990) en Revista Acción Crítica N° 9. CELATS/ALAETS.

que retomó su actividad en 1984, fueron desplegando estrategias que pusieron en juego la historia del Trabajo Social latinoamericano, dándole un valor distintivo desde una lógica que buscó apropiarse y recrear el capital específico, organizando trayectos de formación disciplinar de posgrado¹².

En sintonía con estas preocupaciones, las organizaciones gremiales de Trabajo Social organizaron eventos académicos y asambleas, y realizaron un relevamiento y sistematización de datos para objetivar la situación de la formación en el país. Ese proceso impulsó la revisión de planes de estudio desde mediados de los años ochenta, siendo nuevamente reformulados hacia mediados de los años noventa. Estas discusiones fueron promovidas en gran medida desde la FAUATS; centrando la atención principalmente en lo metodológico en Trabajo Social, con reflexiones acerca de la sistematización de la práctica, la especificidad y el rol profesional.¹³

Estos acontecimientos muestran cómo la propia historia controversial del campo era puesta en juego, actualizada bajo formas y fuerzas específicas que mediatizaban las determinaciones externas que operaban sobre las/os agentes. O dicho de otro modo, expresan el trabajo que parte del colectivo profesional se dio al ejercer una mediación crítica entre sus prácticas y los condicionamientos impuestos por el contexto. Este movimiento habría generado inversiones y desplazamientos que, con intensidades variables, reorganizaron la estructura y los modos de apropiación y distribución del capital en juego, poniendo en jaque la pretendida “homogeneización” del campo.

De esta manera, la construcción de condiciones simbólicas y materiales, y la regulación de las prácticas de formación, investigación e intervención profesional que fueron gestándose de modo diverso y asimétrico, permitieron objetivar el carácter heterogéneo que reviste el Trabajo Social, visibilizando que la construcción de una forma legítima de autoridad sólo es posible si se ponen en cuestión las encrucijadas que imponen las hegemonías positivistas al pensamiento social.

Así entonces, esta temporalidad produjo condiciones para que el Trabajo Social problematizara el ocultamiento y la fragmentación de la “cuestión social” revitalizada por el ideario neoliberal. Ello fue posible a partir del interés de las/os agentes por lo que se jugaba, viabilizando así la actualización del habitus y la construcción de un estatuto que reposicionara a nivel teórico, político y ético, el lugar público de “lo social,” y relegitimara el campo profesional, aun manteniendo relaciones tensas con los poderes temporales.

¹² Algunas de las carreras de Trabajo Social de reconocida trayectoria académica, se encuentran en las Universidades Nacionales de La Plata., de Entre Ríos, de Córdoba y de Buenos Aires. Las mismas han tenido desde mediados de los años ochenta, un mayor desarrollo expresado en matrícula, cantidad de graduados, debates curriculares y desarrollos tempranos en investigación y extensión universitaria, así como posteriormente de las carreras de posgrado.

¹³ Esta información ha sido consignada en las Actas y Memorias de la organización. (FAUATS, 2012)

Trazos del proceso de diversificación en Trabajo Social

El proceso de diversificación del Trabajo Social es la resultante de las construcciones colectivas que las/os agentes han realizado a lo largo de su trayectoria, viabilizado por las transformaciones producidas en su renovación, que transcurre desde la primera década de los años dos mil y continúa en el presente. Esta temporalidad se caracteriza por la agudización de las contradicciones del neoliberalismo en la región, que, a través de la privatización, la liberalización extensiva de las relaciones laborales y económicas, y la ampliación y dominio del capital transnacional, provocó altos costos sociales. Esa dominación se articuló a las democracias y produjo, a través de la política, condiciones en las que el sujeto popular pudo advenir y protagonizar –no sin conflictos– un movimiento de recomposición política de los sectores trabajadores. Se desplegaron proyectos que buscaron la superación dialéctica del neoliberalismo, proponiendo una mayor intervención gubernamental en la actividad económica y en la promoción del desarrollo, tal como sucedió de modo complejo en Argentina¹⁴.

La emergencia de movimientos sociales pareció evidenciar un retorno de la política como ámbito de discusión y demarcación de proyectos societarios, que pusieron en jaque la lógica neoliberal y las certezas construidas en sectores mayoritarios de la sociedad e incluso del campo científico. Una vez más esa realidad interpeló a las/os científicas sociales, quienes reconocían la necesidad de disponer de mayores recursos simbólicos y de capital específico para comprender la radicalidad de los cambios en curso y el modo en que estas organizaciones resistían y edificaban proyectos territoriales, luchando por conquistar derechos y construir poder popular.

De este modo, las transformaciones y los procesos sociopolíticos que tuvieron lugar en el espacio social, continuaron reconfigurando el Trabajo Social, re-encuadrando su relación con el Estado, convocándolo a problematizar tanto las concepciones que sustentan la lectura sobre su propia estructuración, como los problemas, las políticas sociales y la relación con los movimientos sociales. Esa revisión parece ser procesada por las/os agentes desde cierta diversificación en sus preocupaciones, tal como se observa, por un lado, en la multiplicidad de temáticas tratadas en los eventos académicos y en las producciones del colectivo profesional durante el período; y por otro, mediante tendencias que orientan la formación y que, con distintos grados de explicitación y reformulación, reactualizan el positivismo, el funcionalismo y el marxismo como perspectivas teóricas presentes en el Trabajo Social. (Rozas Pagaza, 2004).

¹⁴ Esta década registra a nivel mundial acontecimientos tales como la guerra contra el terrorismo, declarada por Estados Unidos tras los atentados del 11 de septiembre de 2001; los conflictos bélicos de Afganistán e Irak; el conflicto entre árabes e israelíes, los ataques terroristas en Londres; en 2006 la guerra en el Líbano; en 2008 la crisis financiera y bursátil en Estados Unidos. Entretanto, China se erigió como potencia mundial, y Brasil e India registraron un importante ascenso económico. Mientras a nivel nacional en el año 2001 tuvo lugar el estallido protagonizado por miles de trabajadores que se movilizaron en las calles como protesta ante las severas restricciones que mostraron abiertamente la grave crisis económica, política y de descomposición social, que venía gestándose desde los años anteriores.

La producción de conocimientos y la apropiación y recreación de un pensamiento crítico, transversalizaron los intercambios y las elaboraciones de sectores del campo, afianzando sus dimensiones teórica, epistemológica, política y metodológica, en una realidad inclasificable que obligó a repensar los esquemas de percepción y las herramientas para comprenderla e intervenir en ella. Es decir, es un tiempo de revalorización del sentido del juego, donde se disputan hegemonías mediante la movilización del capital acumulado y el ejercicio de mayor objetivación y dominio del mismo, a través de la realización de encuentros académicos, y de la formalización de áreas de investigación y de publicaciones disciplinares.

Los tópicos propuestos en cada uno de los eventos político-académicos y gremiales, así como los estudiados en las investigaciones y en tesis de posgrado, sumados a los debates y profundizaciones temáticas, dan cuenta de un diálogo permanente, heterogéneo y tensionado, del Trabajo Social con el contexto, así como con la teoría social y entre las dimensiones que lo conforman.

Entretanto, las discusiones en torno de la formación de grado que mantuvo la FAUATS, giró centralmente acerca de la dimensión curricular y la construcción de lineamientos básicos para las carreras universitarias y terciarias del país; y fue trabajada desde andamiajes y dinámicas deliberativas, que llevaron a plasmar en documentos consensuados, unas directrices desde las cuales se reelaboraron varias propuestas formativas. (Acevedo y Fuentes, 2013) El trabajo permitió visibilizar y analizar la multiplicidad de formatos y contenidos existentes en la formación, así como la necesidad de afianzar la definición del campo como especialización del trabajo colectivo, reconociendo la “cuestión social” como categoría estructurante en la construcción de un perfil profesional crítico.

En esta dirección, se definieron tres núcleos vertebradores de la formación en Trabajo Social: uno alude a los fundamentos teóricos y filosóficos de la vida social, para comprender el proceso de constitución y desarrollo de la sociedad capitalista, y el posicionamiento del campo. Otro refiere a la formación socio-histórica y política de la sociedad argentina, y propicia el conocimiento de las particularidades de la realidad nacional y de la relación entre el Estado y la sociedad, así como de las formas históricas que adquiere la intervención ante las manifestaciones de la “cuestión social.” Y un tercer núcleo procura problematizar el sentido social del campo, comprendiendo su génesis, desarrollo y los debates actuales, en relación con la configuración de los problemas sociales, las políticas sociales y la intervención profesional, así como sus fundamentos e implicancias éticas y políticas. (Acevedo y Fuentes, 2013).

Por otra parte, la investigación realizada principalmente en las universidades públicas, produjo también, en este período y en los años subsiguientes, una gravitación en la estructura del campo. La centralidad de esos desarrollos se daba principalmente en relación a tres ejes temáticos: uno referido a la naturaleza de la intervención en Trabajo Social y a la formación disciplinar; otro sobre problemáticas relacionadas con género, pobreza, infancias, políticas sociales, trabajo, etc.; y el tercero ligado a la estructuración histórica y los debates contemporáneos del campo, más vinculado a desarrollos enmarcados en trayectorias de formación de posgrado. (Pieruzzini, 2014).

Cabe señalar que el desarrollo de la investigación, aun cuando fue diverso y disímil, permitió que algunos sectores realizaran un trabajo de mayor rigurosidad, tendiente a lograr que la reflexividad sea una disposición constitutiva del habitus, que propiciara la crítica y el reconocimiento de los límites de las formas instituidas de pensamiento, poniendo en tensión las certidumbres positivistas.

Por último, el Trabajo Social fue fortalecido por el incremento de las publicaciones bajo diversos formatos y con distintos grados de profundización de los temas indagados. Este aspecto adquiere relevancia si se tiene en cuenta que el acto de publicar supone una autorización de quien escribe para ocupar una posición en el espacio descripto, desde la cual toma partido y comparte cierta afinidad inteligible con otras posiciones, proponiendo un ángulo de visibilidad sobre el objeto de estudio. De este modo, lo publicado se inscribe como elemento de la lucha simbólica que pone en juego el monopolio de la nominación legítima, que suele estar condicionada por las nominaciones oficiales, producidas por el Estado, sobre las situaciones objeto de análisis y escritura. Siendo esto así, las designaciones de las/os agentes requieren un trabajo de elucidación que visibilice el discurso con pretensión científica producido por el Trabajo Social, situado en el espacio como uno de los discursos posibles sobre el mundo social.

Reflexiones finales

Las consideraciones vertidas en este artículo permiten reconocer que la trayectoria del Trabajo Social es un proceso disputado, cuyo análisis lleva a coincidir con Bourdieu (2003) cuando afirma que las ciencias sociales tienen un objeto demasiado importante, acuciante, y significativo desde el punto de vista del orden social y del orden simbólico, para que se les conceda el mismo grado de autonomía de las restantes ciencias, y para que les sea otorgado el monopolio de la producción de verdad.

Esta tensión se agudiza ante la dominación neoliberal que por un lado, impone una especie de “colonización” del discurso económico sobre el campo de la política y de las ciencias sociales, recortando con límites variables su autonomía relativa; y por otro, asigna a “lo social” un carácter residual, dando respuestas polimórficas a los problemas sociales.

Siendo esto así, la problematización de cierta tendencia del Trabajo Social a adoptar la retórica política y su capacidad de universalización; así como la puesta en acto de un trabajo teórico de objetivación, devienen acciones estratégicas a fin de evitar miradas comunes que producen la ilusión de una visión absoluta, regresando al conocimiento ordinario como simple reconocimiento. Este movimiento funda la posibilidad de aumentar su autonomía relativa y su autoridad, movilizándolo el capital cultural específico del que dispone para pensar y comprender las cosas públicas desde una reflexión crítica dominada por el análisis. O dicho de otro modo, disponiéndose a abandonar los puntos de vista únicos, para intentar rupturas con las falsas evidencias y con el pensamiento sustancialista.

Estos desafíos están presentes en el debate contemporáneo del Trabajo Social como “nudos críticos” a ser recorridos desde un trabajo de elucidación que, desde el capital científico acumulado, fortalezca las disposiciones constitutivas del habitus y la consolidación del campo, dotándolo de valor público, tal como se expresara en el estudio referenciado en esta producción.

Bibliografía

- Acevedo, Patricia y Fuentes, Pilar (2013) -comps-:** La formación académica en Trabajo Social en la República Argentina: debates y desafíos. FAUATS, Córdoba.
- Acevedo, Patricia et. al (2008):** Identidad y Memoria en la Escuela de Trabajo Social. En Aquín Nora (org.): *Trabajo Social, Estado y Sociedad*. Tomo I: *El Trabajo Social y las prácticas societarias*. Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Ander Egg, Ezequiel (1984):** Achaques y manías del trabajo social reconceptualizado. Editorial Humanitas, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (2008):** La práctica de la sociología reflexiva. en Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI editores. Buenos Aires. Págs. 267 a 319.
- (2007):** El sentido Práctico. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires.
- (2003 [2001]):** El oficio del científico. Editorial Anagrama. Barcelona.
- (2000)** Intelectuales, Política y Poder. Editorial Eudeba, Ciencias Sociales. Buenos Aires.
- (1990):** Sociología y Cultura. Grijalbo editores. México. Trad. Marta Pou.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (2008):** Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo XXI editores. Buenos Aires. 2da edición revisada.
- Castronovo, Raquel (1999):** “Los procesos de revisión, evaluación y reformulación de los proyectos de formación profesional de los trabajadores sociales en Argentina”, Tesis de Maestría en Trabajo Social. ESTS-UNLP.
- Cazzaniga, Susana (2007):** Hilos y Nudos. Espacio Editorial-UNER. Buenos Aires.
- CELATS (1985):** Trabajo Social en América Latina. Balance y perspectivas. Editorial Humanitas-CELATS. Buenos Aires.
- Cruz, Verónica (2018):** “La institucionalización del Trabajo Social en Argentina desde una perspectiva relacional. 1930-2010” Tesis Doctorado de Trabajo Social, FTS UNLP. aprobada 14 de mayo. La Plata.
- Cruz, Verónica (2013):** “Las prácticas de formación profesional en Trabajo Social. Un dispositivo de interpelación pedagógica.” TFI Especialización en Docencia Universitaria. UNLP, La Plata.
- Dubar, Claude (1991):** La socialización. Construcción de identidades sociales y profesionales. Armand Colin. Colecc.U. Traducción al portugués, Porto Editora. París.
- Escalada, Mercedes (1986):** Crítica a los métodos de la Reconceptualización del Trabajo Social. Editorial Guaymurás, Tegucigalpa.

Grassi, Estela (2003): "El asistencialismo en el estado neoliberal. La experiencia argentina de la década del 90." En e@latina. Rev. electrónica de estudios latinoamericanos. N° 4. UDISTHAL. Instituto de investigaciones sociales. Facultad de Cs Sociales, UBA. Buenos Aires. Pp. 27-48. En <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/hemeroteca/elatina/elatina4.pdf> Consultado mayo 2016.

Hobsbawn, Eric (2008): Historia del siglo XX. Buenos Aires, Ed. Crítica.

Karsz, Saúl (2007) Problematizar el Trabajo Social. Definición, figuras, clínica. Gedisa. Barcelona, España.

Kisnerman, Natalio (1997 [1981]): Pensar el Trabajo Social. Ediciones Edward Grupo editorial Lumen Humanitas. Buenos Aires. En <https://es.scribd.com/doc/130270214/Natalio-Kisnerman-Pensar-El-Trabajo-Social> Consultado abril 2016.

_____ (1986 [1983]): Servicio Social de grupos. Editorial Humanitas, Buenos Aires.

Melano, Cristina (1994): "Trabajadores Sociales desaparecidos 1976-1983. Un encuentro con los sujetos." Proyecto de investigación UBACyT 068/94. Buenos Aires.

Pieruzzini, Roxana (2014) "La investigación y la extensión en el Trabajo Social Latinoamericano" en Molina Molina, M. Fuentes, M Acevedo, P. -comps- *Desafíos del contexto latinoamericano al Trabajo Social: XX Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social*. 1ª edición. Buenos Aires. Espacio editorial. Pág. 146 a 160.

Netto, José Paulo (1990) [1981]: La crítica conservadora a la Reconceptualización en Revista *Acción Crítica* N° 9. Lima, CELATS/ALAETS.

Plotkin, Ben y Zimmerman, Eduardo (2012): Los saberes del Estado. Volumen I. Buenos Aires, Edhasa.

Rouquié, Alain (1984) El Estado militar en América Latina. Siglo XXI editores.

Rozas Pagaza, Margarita (2004): "Tendencias teórico-epistemológicas y metodológicas en la formación profesional" Ponencia presentada en el Seminario Latinoamericano de ALAEITS, Costa Rica.

Sposati, Aldaiza (1991): A Assistencia Social e a Trivializacao dos padroes de reproducao social. En Sposati, Fleury y Falcao: *Os Direitos dos Dessassistidos Sociais*. Cortez, San Pablo.

Tenti Fanfani, Emilio (2007) La escuela y la cuestión social. Ensayos de sociología de la educación. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

_____ (1989) Universidad y profesiones. Crisis y alternativas. Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.

Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa (2002): La democratización del bienestar. en Torre, Juan Carlos *Los años Peronistas*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

Documentos consultados:

FAUATS (2012): Documentos de discusión, Actas y Memorias. Centro de Documentación en <http://www.fauats.org> Fecha de última consulta: 19/10/19.

Resolución 579/86. Ministerio de Educación y Justicia de la Nación. Disponible en <http://repositorio.educacion.gov.ar/dspace/handle/123456789/84706>. Fecha de consulta: 16/10/19

Cita recomendada

Verónica Cruz (2020): «La trayectoria del Trabajo Social argentino: aportes desde una lectura relacional» [artículo en línea]. Conciencia Social. Revista digital de Trabajo Social. Vol. 3, Nro. 6. Carrera de Licenciatura en Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales. UNC. pp. 9-26 [Fecha de consulta: dd/mm/aa].

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/article/view/28357>

ISSN 2591-5339

Esta obra está bajo la licencia Atribución-Compartir Igual 4.0 Internacional. La que permite compartir, copiar, distribuir, alterar, transformar, generar una obra derivada, ejecutar y comunicar públicamente la obra, siempre que: a) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); b) se mantengan los mismos términos de la licencia. La licencia completa se puede consultar en: <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>

Sobre la autora

Verónica Cruz

Argentina. Doctora y Magíster en Trabajo Social. Especialista en Docencia Universitaria. Ex Decana de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata donde actualmente se desempeña como docente de grado y de posgrado e Investigadora. Correo electrónico: veronica.cruz09@yahoo.com.ar